

# Canto a la Argentina

---

¡Argentina! ¡Argentina!  
¡Argentina! El sonoro  
viento arrebató la gran voz de oro.  
Ase la fuerte diestra la bocina,  
y el pulmón fuerte, bajo los cristales  
del azul, que han vibrado,  
lanza el grito: Oíd, mortales,  
oíd el grito sagrado.

Oíd el grito que va por la floresta  
de mástiles que cubre el ancho estuario,  
e invade el mar; sobre la enorme fiesta  
de las fábricas trémulas, de vida;  
sobre las torres de la urbe henchida;  
sobre el extraordinario  
tumulto de metales y de lumbres  
activos; sobre el cósmico portentoso  
de obra y de pensamiento  
que arde en las políglotas muchedumbres;  
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,  
sobre la blanca sierra,  
sobre la extensa tierra,  
sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!  
¡Oh, tierra abierta al sediento  
de libertad y de vida,  
dinámica y creadora!  
¡Oh barca augusta, de proa  
triumfante, de doradas velas!  
De allá de la bruma infinita,  
alzando la palma que agita,  
te saluda el divo Cristóbal,  
príncipe de las Carabelas.

Te abriste como una granada,  
como una ubre te henchiste,  
como una espiga te erguiste  
a toda raza congojada,  
a toda humanidad triste,  
a los errabundos y parias

que bajo nubes contrarias  
van en busca del buen trabajo,  
del buen comer, del buen dormir,  
del techo para descansar.  
y ver a los niños reír,  
bajo el cual se sueña y bajo  
el cual se piensa morir.

¡Éxodos! ¡Éxodos! Rebaños  
de hombres, rebaños de gentes  
que teméis los días huraños,  
que tenéis sed sin hallar fuentes,  
y hambre sin el pan deseado,  
y amáis la labor que germina.  
Los éxodos os han salvado:  
¡Hay en la tierra una Argentina!  
He aquí la región del Dorado,  
he aquí el paraíso terrestre,  
he aquí la ventura esperada,  
he aquí el Vellochino de Oro.  
he aquí Canaán la preñada,  
la Atlántida resucitada;  
he aquí los campos del Toro  
y del Becerro simbólicos;  
he aquí el existir que en sueños  
miraron los melancólicos,  
los clamorosos, los dolientes  
poetas y visionarios  
que en sus olimpos o calvarios  
amaron a todas las gentes.

He aquí el gran Dios desconocido  
que todos los dioses abarca.  
Tiene su templo en el espacio;  
tiene su gazofilacio  
en la negra carne del mundo.  
Aquí está la mar que no amarga,  
aquí está el Sahara fecundo,  
aquí se confunde el tropel  
de los que a lo infinito tienden,  
y se edifica la Babel  
en donde todos se comprenden.

Tú, el hombre de las estepas,  
sonámbulo de sufrimiento,  
nacido ilota y hambriento,  
al fuego del odio huido,  
hombre que estabas dormido  
bajo una tapa de plomo,  
hombre de las nieves del zar,

mira al cielo azul, canta, piensa;  
mujik redento, escucha cómo  
en tu rancho, en la pampa inmensa,  
murmura alegre el samovar.

¡Cantad, judíos de la pampa!  
Mocetones de ruda estampa,  
dulces Rebecas de ojos francos,  
Rubenes de largas guedejas,  
patriarcas de cabellos blancos,  
y espesos como hípicas crines;  
cantad, cantad, Saras viejas  
y adolescentes Benjamines,  
con voz de vuestro corazón:  
¡Hemos encontrado a Sión!

Hombres de Emilia y los del agro  
romano, ligures, hijos  
de la tierra del milagro  
partenopeo, hijos todos  
de Italia, sacra a las gentes,  
familia que sois descendientes  
de quienes vieron errantes  
a los olímpicos dioses  
de los antaños, amadores  
de danzas gozosas y flores  
purpúreas y del divino  
don de la sangre del vino;  
hallasteis un nuevo hechizo,  
hallasteis otras estrellas,  
encontrasteis prados en donde  
se siembra, espiga y barbecha,  
se canta en la fiesta del grano  
y hay un gran sol soberano,  
como el de Italia y de Jonia  
que en oro el terruño convierte:  
el enemigo de la muerte  
sus urnas vitales vierte  
en el seno de la colonia.

Hombres de España poliforme,  
finos andaluces sonoros,  
amantes de zambras y toros,  
astures que entre peñascos,  
aprendisteis a amar la augusta  
Libertad, elásticos vascos  
como hechos de antiguas raíces,  
raza heroica, raza robusta,  
rudos brazos y altas cervices,  
hijos de Castilla la noble

rica de hazañas ancestrales;  
firmes gallegos de roble;  
catalanes y levantinos  
que heredasteis los inmortales  
fuegos de hogares latinos;  
iberos de la península  
que las huellas del paso de Hércules  
visteis en el suelo natal:  
¡he aquí la fragante campaña  
en donde crear otra España  
en la Argentina universal!

¡Helvéticos! La nación nueva  
ama el canto del libre. ¡Dad  
al pampero, que el trueno lleva,  
vuestros cantos de libertad!  
El Sol de Mayo os ilumina.  
Como en la patria natal  
veréis el blancor que culmina  
allá donde en la tierra austral  
erige una Suiza argentina  
sus ventisqueros de cristal.

Llegad, hijos de la astral Francia:  
hallaréis en estas campiñas  
entre los triunfos de la estancia  
las guirnaldas de vuestras viñas.  
Hijos del gallo de Galia  
cual los de la loba de Italia  
placen al cóndor magnífico,  
que ebrio de celeste azur  
abre sus alas en el sur  
desde el Atlántico al Pacífico.

Vástagos de hunos y de godos,  
ciudadanos del orbe todos,  
cosmopolitas caballeros  
que antes fuisteis conquistadores.  
piratas y aventureros,  
reyes en el mar y en el viento,  
argonautas de lo posible,  
destructores de lo imposible,  
pioneers de la Voluntad:  
he aquí el país de la armonía,  
el campo abierto a la energía  
de todos los hombres. ¡Llegad!

Os espera el reino oloroso  
al trébol que pisa el ganado,

océano de tierra sagrado  
al agricultor laborioso  
que rige el timón del arado.  
¡La pampa! La estepa sin nieve,  
el desierto sin sed cruenta,  
en donde benéfico llueve  
riego fecundador que aumenta  
las demetéricas savias.  
Bella de honda poesía,  
suave de inmensidad serena,  
de extensa melancolía  
y de grave silencio plena;  
o bajo el escudo del sol  
y la gracia matutina,  
sonora de la pastoral  
diana de cuerno, caracol  
y tuba de la vacada;  
o del grito de la triunfal  
máquina de la ferro-vía;  
o del volar del automóvil  
que pasa quemando leguas,  
o de las voces del gauchaje,  
o del resonar salvaje  
del tropel de potros y yeguas.

¡La pampa! Inmolad un corcel  
a Hiperión el radiante,  
cual canta un dueño del laurel  
del Lacio. ¡La pampa fragante!  
En la extendida luz del llano  
flotaba un ambiente eficaz.  
Al forastero, el pampeano  
ofreció la tierra feraz;  
el gaucho de bronceína faz  
encendió su fogón de hermano,  
y fue el mate de mano en mano  
como el calumet de la paz.

¡Oh, cómo, cisne de Sulmona,  
brindaras allí nuevos fastos,  
celebrarías nuevos ritos  
y ceñirías la corona  
lírica por los campos vastos  
y los sembrados infinitos!  
Otros Evandros de América  
juntarán arcádicos lauros  
mientras van en fuga quimérica  
otros tropeles de centauros.

Animará la virgen tierra  
la sangre de los finos brutos  
que da la pecuaria Inglaterra;  
irán cargados de tributos  
los pesados carros férreos  
que arrastran candentes y humeantes  
los aulladores elefantes  
de locomotoras veloces;  
segarán las mieses las hoces  
de artefactos casi vivientes;  
habrá montañas de simientes;  
como en litúrgico aparato  
se herirán miles de testuces  
en las hecatombes bovinas;  
y junto al bullicio del hato,  
semejantes a ondas marinas  
irán las ondas de avestruces.  
Pasarán los largos dragones  
con sus caudas de vagones  
por la extensión taciturna  
en donde el árbol legendario  
como un soñador solitario  
da sus cabellos al pampero.  
Y en la poesía nocturna,  
surgirá del rancho primero  
el espíritu del pasado  
que a modo de luz vaga existe,  
cuyo último vigor palpita  
en el payador inspirado  
que lanza el sollozo del triste  
o el llanto de la vidalita.

¡Oh, Pampa! ¡Oh, entraña robusta,  
mina del oro supremo!  
He aquí que se vio la augusta  
resurrección de Triptolemo.  
En maternal continente  
una república ingente  
crea el granero del orbe,  
y sangre universal absorbe  
para dar vida al orbe entero.  
De ese inexhausto granero  
saldrán las hostias del mañana;  
el hambre será, si no vana,  
menos multiplicada y fuerte,  
y será el paso de la muerte  
menos cruel con la especie humana.

¡Argentina! Tu ser no abriga  
la riqueza tentacular

que a Europa finisecular  
incubó la Furia enemiga.  
Y si oyes un día explotar  
el trágico odio del iluso,  
regando ciega desventura,  
es que Ananké la bomba puso  
en la mano de la Locura.  
¡Deméter, tu magia prolífica  
del esfuerzo por la bondad  
envíe la hostia pacífica  
a la boca de la ciudad!

Se agita la urbe, se alza  
la Metrópoli reina, viste  
el regio manto, se calza  
de oro, tiarada de azur  
yergue la testa imperiosa  
de Basilea del Sur;  
es la fecunda, la copiosa,  
la bizarra, grande entre grandes;  
la que el gran Cristo de los Andes  
bendice, y saluda de lejos  
entre los vívidos reflejos  
del luminar que la corona,  
la Libertad anglo-sajona.  
Saluda a la Urbe argentina  
el Garibaldi romano,  
cabalgante en su colina,  
en nombre de Roma materna,  
vestida de su memoria  
y como su decoro eterna.  
La saluda Londres que empuña  
el gran Tridente de acero  
por dominar el mar entero.  
La saluda Berlín casqueada  
y con égida y espada  
como una Minerva bélica.  
Y Nueva York la babélica,  
y Melbourne la oceánica,  
y las viejas villas asiáticas,  
y presididas por Lutecia,  
todas las hermanas latinas  
y hermanas por la libertad.  
La saluda toda urbe viva  
en donde creyente y activa  
va al porvenir la Humanidad.  
¡Buenos Aires! Es tu fiesta.  
Sentada estás en el solio;  
el himno desde la floresta  
hasta el colosal Capitolio  
tiende sus mil plumas de aurora.

Flora propia te decora,  
mirada universal te mira.  
En tu homenaje pasar veo  
a Mercurio y su caduceo,  
al rey Apolo y la lira.

Es la fiesta del Centenario.  
El Plata, padre extraordinario,  
más que del Tíber y el Sena,  
más que del Támesis rubio,  
más que del azul Danubio  
y que del Ganges indiano,  
es el misterioso hermano  
del Tigris y Éufrates bíblicos,  
pues junto a él han de surgir  
los adanes del porvenir.  
Cual por llamamientos cíclicos,  
Argentina, solar de hermanos,  
diste por virtuales leyes  
hogar a todos los humanos,  
templos a todas las greyes,  
cetro a todos los soberanos  
que decoran sus propias frentes,  
que se coronan por sus manos  
con kohinoos y regentes  
tallados en sus almas propias,  
vertedores de cornucopias,  
emperadores de simientes,  
césares de la labor,  
multiplicadores de pan,  
más potentes que Gengis-Khan  
y que Nabucodonosor.

Se erizaron de chimeneas  
los docks; a los puertos flamantes  
llegaron músculos e ideas  
que enviaban los pueblos distantes.  
Se rasparon viejas carcomas,  
se redujeron a pedazos  
falsos ídolos, armas romas,  
e impusieron sus firmes lazos  
la fraternidad de los brazos,  
la transmisión de los idiomas.  
Para dar las gracias a Dios  
guarda la ciudad liberal  
las naves de su catedral.  
Y se verán construidos los  
muros de las iglesias todas,  
todas igualmente benditas,  
las sinagogas, las mezquitas,  
las capillas y las pagodas.



Y en la floración eclesiástica,  
los que buscan luz en la sombra,  
por la media luna o la suástica,  
o por la tora, o por la cruz,  
irán al Dios que no se nombra  
y hallarán en la sombra luz.

Tráfigos, fuerzas urbanas,  
trajín de hierro y fragores,  
veloz, acerado hipogrifo,  
rosales eléctricos, flores  
miliunanochescas, pompas  
babilónicas, timbres, trompas,  
paso de ruedas y yuntas,  
voz de domésticos pianos,  
hondos rumores humanos,  
clamor de voces conjuntas,  
pregón, llamada, todo vibra,  
pulsación de una tensa fibra,  
sensación de un foco vital,  
como el latir del corazón  
o como la respiración  
del pecho de la capital.

¡Que vuestro himno soberbio vibre,  
hombres libres en tierra libre!  
Nietos de los conquistadores,  
renovada sangre de España.  
transfundida sangre de Italia,  
o de Germania, o de Vasconia,  
o venidos de la entraña  
de Francia, o de la Gran Bretaña,  
vida de la Policolonia,  
savía de la patria presente,  
de la nueva Europa que augura  
más grande Argentina futura.  
¡Salud, patria, que eres también mía,  
puesto que eres de la humanidad:  
salud, en nombre de la Poesía,  
salud en nombre de la Libertad!

¡El himno, nobles ancianos!  
¡El himno, varones robustos!  
Pueriles coros escolares,  
¡el himno! Llevad en las manos  
palmas, coronad los bustos  
de los patricios; a millares  
dad flores a los monumentos.  
El himno en los instrumentos  
de armónicas bandas bélicas

que animan las fiestas pacíficas.  
El himno en las bocas angélicas  
de las gallardas mujeres,  
de las matronas prolíficas,  
de las parecidas a Ceres,  
de las a Diana asemejadas,  
las esposas y las amadas.  
El himno en la egregia ciudad  
y en el inmenso imperio agrario  
anuncie el victorioso día,  
y vierta su sonoridad  
como una copa de armonía  
en la fiesta del Centenario.

¡Saludemos las sombras épicas  
de los hispanos capitanes,  
de los orgullosos virreyes,  
de América en los huracanes  
águilas bravas de las gestas  
o gerifaltes de los reyes;  
duros pechos, barbadas testas  
y fina espada de Toledo:  
capellán, soldado sin miedo,  
don Nuño, don Pedro, don Gil,  
crucifijo, cogulla, estola,  
marinero, alcalde, alguacil,  
tricornio, casaca y pistola,  
y la vieja vida española!

¡Y gloria! ¡Gloria a los patricios,  
bordeadores de precipicios  
y escaladores de montañas,  
como el abuelo secular  
que, fatigado de triunfar  
y cansado de padecer,  
se fue a morir de cara al mar,  
lejos, allá en Boulogne-sur-Mer!

¡Héroes de la guerra gaucha,  
lanceros, infantes, soldados  
todos, héroes mil consagrados,  
centauros de fábula cierta,  
sacrificados del terruño,  
granaderos el rayo al puño,  
locos de gloria, despierta  
al sol la mente! La Fama  
a todos ilustres proclama,  
sus hechos ínclitos nombra,  
constela con ellos la sombra  
y forma un halo en el azur,

a la dantesca Cruz del Sur.  
Así la sideral retórica  
de las odas y de las águilas  
va en sublimes hipérboles  
a ofrendar sus rítmicos dones  
al gran Dios de las naciones.  
¡Por todo, el himno! La expresión  
del colosal corazón  
de esa patria palpitante:  
la nieve de la cordillera  
y el azul forman la bandera  
que sostiene un brazo de Atlante.  
La Argentina de fuertes pechos  
confía en su seno fecundo  
y ofrece hogares y derechos  
a los ciudadanos del mundo.

¡Oh, Sol! ¡Oh, padre teogónico!  
¡Sol simbólico que irradas  
en el pabellón! Salomónico  
y helénico, lumbre de Arcadias,  
mítico, incásico, mágico!  
¡Foibos triunfante en el trágico  
vencimiento de las sombras;  
Tabú y Tótem del abismo!  
¡Oh, Sol! que inspiras y asombras,  
que perdure tu portento  
que el orbe todo ilumina  
tal como en el firmamento  
desde la enseña argentina.  
Y con la lluvia sagrada  
y con el aire propicio,  
brinda a la tierra labrada  
en el rural ejercicio  
plurales savias y fragancias  
y el don de matriz y de ubre  
que de cosechas pingües cubre  
los edenes de las estancias.  
Ilumina el advenimiento  
del creciente pensamiento  
que crea el caudal en la banca,  
o en el taller la estatua blanca  
que decora el monumento.  
Al lírico que el verso arranca  
del corazón del instrumento.  
A los que un Píndaro diera,  
por los olímpicos juegos,  
por el salto, por la carrera  
la oda cara a los griegos,  
que se cerniría sonora  
sobre el aquilino aeroplano

que es grifo, pegaso y quimera;  
sobre el remero que evoca  
haciendo volar la prora  
los de la pristina galera;  
sobre los que en lucha loca  
disputan la elástica esfera;  
sobre las sudosas frentes  
de los sanos adolescentes.  
Ilumina el casco griego  
que cubre la cabeza altiva  
de los combatientes del fuego;  
vierte tu luz genitiva  
sobre las mil procesiones  
que arbolan sus estandartes  
y cantan en sus canciones  
la paz, la dicha y las artes.  
Van los magistrados egregios,  
van las espadas relumbrosas,  
van las pompas y lujos regios,  
van las niñas de los colegios  
como lirios y como rosas.  
¡Sonad, oh claros clarines,  
sonad tambores guerreros,  
en el milagroso escenario;  
los nombres de los paladines,  
nombres oros, nombres aceros,  
se oyen en vuestros sonos fieros  
en la fiesta del Centenario!  
Viento de amor en la floresta  
cívica pasa. Es la fiesta  
de las guirnaldas de fe,  
de los ramos de esperanza,  
de los mirtos de amor y de  
los olivos de bonanza.  
Hojas de roble, hojas de hiedra,  
para el fundador de ciudades,  
que puso la primera piedra,  
que unificó las voluntades,  
que dedicara las vigilias,  
que consagrara los dineros,  
al colmenar de los obreros  
y a los nidos de las familias.

Conspicuas guirnaldas de gloria  
a aquellos antiguos que hacen  
de bronce y de mármol la historia.  
Hoy los abuelos renacen  
en la floración de los nietos.  
Por sublimes amuletos  
lo antes soñado ahora existe,  
y la Argentina reviste

su presente manto suntuario  
y piensa en los brillos futuros  
en la fiesta del Centenario.  
Ahora es cuando los videntes  
de los porvenires oscuros  
miran las estrellas polares,  
e interpretando los orientes  
cantan cármenes seculares.  
Hoy los cuatro caballos sacros  
las fogosas narices hinchan,  
como en versos y simulacros,  
huellan nubes, al sol relinchan,  
y a un más allá se encaminan  
marcando el cielo de huellas;  
mientras otros astros declinan  
ellos van entre las estrellas  
por obra de la ley eterna  
que el ritmo del orbe gobierna.  
Ante la cuadriga que crina  
de orgullos de olimpo su llama,  
voz de augurio animador clama:  
¡Hay en la tierra una Argentina!

Diré la beldad y la gracia  
de la mujer. Así cual  
por singular eficacia  
el buen jardinero acierta  
a crear en su arte vegetal  
por lo que combina e injerta,  
por lo que reparte o resume.  
inédito tipo de rosas,  
de crisantemos o jacintos,  
con raros aspecto y perfume,  
con corolas esplendorosas,  
con formas y tonos distintos,  
así la mujer argentina  
con savias diversas creada,  
espléndida flor animada,  
esplende, perfuma y culmina.

Talle de vals es de Viena,  
ojo morisco es de España,  
crespa y espesa pestaña  
es de latina sirena;  
de Britania será esa piel  
cual la de la pulpa del lis  
y que se sonrosa en el  
rostro angélico de la miss;  
esa ondulante elegancia  
es de la estelar París,  
y esa luminosa fragancia

de las entrañas del país.  
Concentración de hechizos varios,  
mezcla de esencias y vigores,  
nórdico oro, mármoles patios,  
algo de la perla y del lirio,  
música plástica, visión  
del más encantador martirio,  
voluptuosidad, ilusión,  
placidez que todo mitiga,  
o pasión que todo lo arrolla,  
leona amante o dulce enemiga,  
tal la triunfante Venus criolla.

Se tejerán frescas coronas  
en recuerdo de las patricias  
que fueron como las matronas  
de Roma, como las mujeres  
de Esparta. Las que son delicias  
y ensueños de las moradas,  
cumplirán filiales deberes  
con las genitoras pasadas;  
y recordándolas a ellas,  
siendo las amadas y esposas  
llenarán radiantes y bellas  
la obligación de las estrellas  
y la misión de las rosas.

Diré de la generación  
en flor, de las almas flamantes,  
primavera e iniciación;  
de vosotros, oh estudiantes,  
empenachados de ilusión  
y acorazados de audacia,  
que tendéis vuestras almas plenas  
de amor, de fuerza y de gracia,  
al divino Platón de Atenas  
o al celeste Orfeo de Tracia,  
a la Verdad o a la Armonía,  
al Cálculo o al Ensueño,  
firmes de ardor, vivos de empeño,  
robustos de confianza propia  
y a quienes es justo que ceda  
la fugaz Fortuna su rueda,  
la Abundancia su cornucopia;  
vosotros que sabéis por qué  
abre Pegaso las alas  
y hay misterio en la lumbre de  
los ojos del búho de Palas,  
sed cantados y bendecidos.  
Estad atentos a los ruidos  
que preceden la alba naciente,

estad atentos a los nidos  
que se incuban en el presente,  
a lo que vendrá y que se anuncia,  
en la palabra que pronuncia  
vuestra boca. El grito sagrado  
para vosotros resuena  
como pitagórico verso,  
clamad así ante el universo:  
¡Ave, Argentina, vita plena!  
¡Jóvenes, frentes para lauros,  
brazos para amantes abrazos,  
pero también gímnicos brazos  
para hidras y minotauros;  
infantes de mundial estirpe,  
que vuestra voluntad extirpe  
falso anhelo, odio victimario,  
y en el patriótico sagrario  
dejéis como ofrendas de aristos  
ansias de Perseos o Cristos  
en la fiesta del Centenario!

Cuando el carro de Apolo pasa  
una sombra lírica llega  
junto a la cuadriga de brasa  
de la divinidad griega.  
Y se oyen como vagos aires  
que acarician a Buenos Aires:  
es el alma de Santos Vega.  
El gaucho tendrá su parte  
en los jubileos futuros,  
pues sus viejos cantares puros  
entrarán en el reino del Arte.  
Se sabrá por siempre jamás  
que, en la payada de los dos,  
el vencido fue Satanás  
y Vega el payador de Dios.  
Cantaré del primer navío  
que velivolante saliera  
desde las aguas del Río  
de la Plata con la bandera  
bicolor al mástil gallardo.  
Recordad al nauta que vino  
de Saint-Tropez, a Buchardo,  
el capitán franco-argentino,  
hábil sobre las marejadas,  
bajo las tormentas ufano  
y a todos sus camaradas  
que fueron por el oceano,  
denodados predecesores  
de los que hoy en acorazadas  
naves portan a sol y bruma

los dos simbólicos colores  
flameantes sobre la espuma.  
Bien vayan torres y palacios  
erizados de cañones  
suprimiendo tiempo y espacios  
a visitar a las naciones,  
pero no por guerra voraz,  
productora de luto y llanto,  
mas diciendo como en el canto  
del italiano: ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!  
Heroica nación bendecida,  
ármate para defenderte;  
sé centinela de Vida  
y no ayudante de la Muerte.  
Que tus máquinas de hierro  
y que las bruñidas bocas  
cruentas no alegren al perro  
negro avernal. Que tu lanza,  
cual la libertad que invocas,  
garantía a tu pueblo sea;  
que tu casco abrigue la Idea,  
sabiduría y esperanza,  
como el de Palas Atenea.

¡Salgan y lleguen en buen hora,  
dominando los elementos,  
las velas que el marino adora,  
y los steamers humeantes  
que conducen los alimentos,  
la carga de los fabricantes,  
los ejércitos de emigrantes,  
el designio, el brazo que va  
a arar, sembrar y producir  
en el latifundio, en el pago,  
partan las naves de Cartago  
y arriben las naves de Ofir!  
¡Y bien se escuche en las funciones  
de conmemoración el trueno  
de las salvas de los cañones  
del mar, conmoviendo el estuario  
de hímnicas vibraciones lleno  
en la fiesta del Centenario!

¡Gloria a América prepotente!  
Su alto destino se siente  
por la continental balanza  
que tiene por fiel el istmo:  
los dos platos del continente  
ponen su caudal de esperanza  
ante el gran Dios sobre el abismo.  
¿Y por quién sino por tu gloria,



oh, Libertad, tanto prodigio?  
Águila, Sol y Gorro Frigio  
llenar la americana historia.  
Y en lo infinito ha resonado,  
júbilo de la humanidad,  
repetido el grito sagrado:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!  
Antes que Ceres fue Mavorte  
el triunfador continental.  
Sangre bebió el suelo del Norte  
como el suelo Meridional.  
Tal a los siglos fue preciso.  
Para ir hacia lo venidero,  
para hacer, si no el paraíso,  
la casa feliz del obrero  
en la plenitud ciudadana,  
vínculo íntimo eslabona  
e ímpetu exterior hermana  
a la raza anglo-sajona  
con la latino-americana.  
Proles múltiples, muchedumbres,  
tupidas colmenas de hombres,  
transformadoras de costumbres,  
con nuevos valores y nombres  
en vosotras está la suma  
de fuerza en que América finca;  
fuisteis presentida del inca;  
os adivinó Moctezuma.  
En este día supremo:  
¡Excélsior!, se oye en un extremo;  
en el otro se oye: ¡Adelante!  
¡Glorificado el instante  
en que resurge Triptolemo!  
América que la dicha encierra  
vivirá del sol y la tierra;  
y hoy la tierra, pánico incensario,  
encendido por el destino,  
perfuma el día argentino  
en la fiesta del Centenario.

A las evocaciones clásicas  
despiertan los dioses autóctonos,  
los de los altares pretéritos  
de Copán, Palenque, Tihuanaco,  
por donde quizá pasaran  
en lo lejano de tiempos  
y epopeyas Pan y Baco.  
Y en lo primordial poético  
todo lo posible épico,  
todo lo mítico posible  
de mahabarratas y génesis,

lo fabuloso y lo terrible  
que está en lo ilimitado y quieto  
del impenetrable secreto.

Cantaré la paz sobre todo.  
Huya el demonio perverso,  
huya el demonio beodo  
que incendia en mal al universo;  
desaparezcan las furias  
que con sangre de los ejércitos  
empurpuraron las centurias;  
que no más rujan los tigres  
marciales sino de alegría,  
y que a la paz se alce un templo  
como aquel que dando un ejemplo  
insigne Augusto romano  
ordenara elevar un día.  
El industrioso ciudadano  
el ramo de olivo venere;  
que tenga sus armas listas,  
no para inhumanas conquistas,  
mas para defender su tierra  
donde por la patria se muere.

¡Guerra, pues, tan sólo a la guerra!  
Paz, para que el pensamiento  
domine el globo, y vaya luego,  
cual bíblico carro de fuego,  
de firmamento en firmamento.  
¡Paz para los creadores,  
descubridores, inventores,  
rebuscadores de verdad;  
paz a los poetas de Dios,  
paz a los activos y a los  
hombres de buena voluntad!  
En paz la hora renaciente,  
continua y poliformemente,  
el movimiento y no la inercia,  
legiones dueñas de sus actos,  
gente que osa, que comercia,  
multiplica los artefactos,  
combate la escasez, la negra  
miseria y pasa sus revistas  
a las usinas y talleres;  
y sus horas áureas alegra  
con la invención de los artistas  
y la beldad de las mujeres.  
¿A qué los crueles filósofos?  
¿A qué los falsos crisóstomos  
de la inquina y de la blasfemia?  
¡Al pueblo que busca ideal

ofrezca una nueva academia  
sus enseñanzas contra el mal,  
su filosofía de luz;  
que no más el odio emponzoñe,  
y un ramaje de paz retoñe  
del madero de la cruz!

¡Argentina! El cantor ha oteado  
desde la alta región tu futuro.  
Y vio en lo inmemorial del pasado  
las metrópolis reinas que fueron,  
las que por Dios malditas cayeron  
en instante pestífero; el muro  
que crujió remordido de llamas  
la hervorosa Persépolis, Tiro,  
la imperial Babilonia que aun brama,  
y las urbes que vieron a Ciro,  
a Alejandro, y a todos los fuertes  
que escoltaron victorias y muertes.  
Y miró a Bizancio y a Atenas,  
y a la que, domadora del mundo,  
siendo Lupa indomable, fue Roma.  
Y vio tronos, suplicios, cadenas,  
y con tiaras a tigres y hienas.  
Y cien más capitales precitas  
donde el hombre fue ciego a la vasta  
Libertad, donde fueron escritas  
terroríficas y duras leyes,  
contra tribus y pueblos y casta,  
o las leyes fueron voluntades;  
y a través de tragedias y gestas,  
derrumbáronse tronos y reyes,  
o se hicieron ceniza ciudades  
por ensalmos de frases funestas.  
Y después otros siglos y luchas,  
otra vez lo que arrasa y escombrea,  
muchos reinos que surgen y muchas  
vanidades que caen en la sombra  
infinita. Mane, Thecel, Phares.  
Y el poeta miró un astro eterno  
sobre ruinas y tierras y mares,  
que alumbraba con su claridad  
nuevos cultos, cultura y gobierno,  
y a su brillo quedó deslumbrado:  
era el astro de la Libertad.  
Argentinos, la inmortal estrella  
a vosotros simbólica es Sol;  
las naciones son grandes por ella;  
lo sabía el abuelo español.  
Dad a todas las almas abrigo,  
sed nación de naciones hermana,

convidad a la fiesta del trigo,  
al domingo del lino y la lana  
thanks-giving, yon kipour, romería,  
la confraternidad de destinos.  
la confraternidad de oraciones,  
la confraternidad de canciones,  
bajo los colores argentinos.

Argentina, el día que te vistes  
de gala, en que brillan tus calles  
y no hay aspectos ni almas tristes  
en alturas, pampas y valles;  
el día en que desde tus fuertes,  
tus cruceros y tus cuarteles  
salvas lanzas, música viertes  
entre las palmas y laureles,  
visitada por los príncipes  
de reinos y tierras lejanas  
y mensajeros de repúblicas.  
son las patrias americanas  
las que más comparten tu júbilo.  
Son las próximas hermanas  
las que te proclaman primera  
en el decoro familiar,  
después de heroica y guerrera,  
hospitalaria y maternal.  
Argentina tiarada de ónice  
y de mármol, se puede ver  
cuál luce sobre tu frente  
el diamante refulgente  
de las alturas, Lucifer:  
pues eres la aurora de América.  
Magnifícate tu apoteosis,  
regazo de múltiples climas,  
preferida del nuevo siglo,  
y en sus cláusulas y en sus rimas  
te profetizan tus profetas  
y te poetizan tus poetas.  
Crece el tesoro año por año,  
mientras prosigues las tareas  
de las por Dios suspendidas  
civilizaciones de antaño;  
encarnas, produces, creas  
cerebro para otras ideas,  
útero para nuevas vidas.  
Tus hijos llevarán en sí,  
por su sangre, el hierro y rubí  
de los cuatro puntos del globo.  
Concentración de los varones  
de vedas, biblias y coranes,  
en el colmo de sus afanes,

en el logro de sus acciones,  
tu floración de flotaciones  
tendrá un perfume latino.  
En el primitivo crisol,  
Roma influyó en tu destino,  
cuando a través del español  
puso su enérgico metal.  
Y sus históricas llamas  
animarán genios y famas  
al argentino Arco Triunfal.

¡Y yo, por fin, qué he de decirte,  
en voto cordial, Argentina!  
Que tu bajel no encuentre sirte,  
que sea inexhausta tu mina,  
inacabables tus rebaños  
y que los pueblos extraños  
coman el pan de tu harina.  
¡Cómalo yo en postreros años  
de mi carrera peregrina,  
sintiendo las brisas del Plata!  
Que libre de hambre y peste  
por tus tesoros y tu ciencia,  
jamás enemigas huestes  
te combatan. Tu preeminencia  
sea siempre mayor, y homérica  
voz de tu genio viril  
por ti diga el triunfo de América.

Y mi inspiradora, alumna  
del Musagetes, al viento  
las alas, mi pensamiento  
florido da a la columna,  
riega junto al monumento;  
y en lo solemne del coro,  
del himno el acento canoro  
une mi amor y mi acento:  
¡Argentina tu día ha llegado!  
¡Buenos Aires, amada ciudad,  
el Pegaso de estrellas herrado  
sobre ti vuela en vuelo inspirado!  
Oíd, mortales, el grito sagrado:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

---

Obtenido de «[https://es.wikisource.org/w/index.php?title=Canto\\_a\\_la\\_Argentina&oldid=149296](https://es.wikisource.org/w/index.php?title=Canto_a_la_Argentina&oldid=149296)»

---

**Esta página se editó por última vez el 12 jul 2008 a las 21:43.**

El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 3.0](#); pueden aplicarse términos adicionales. Véase [Términos de uso](#) para más detalles.